

La experiencia afectiva en la clase de Religión

Domingos de Freitas
Director de Colegio Integral

Desde un punto filosófico, la asignatura de Religión, con unos contenidos propios, distintos de los de otras materias, se justifica por sí misma como disciplina curricular. En cuanto campo específico de conocimientos, programados lógicamente y sistemáticamente, la iniciación al proceso de comprensión de esa disciplina, en nada difiere, en principio, del de otras formas de conocimiento. Iniciar a los alumnos en la asignatura de Religión cristiana, significa, entonces, ayudarles a distinguir las preguntas y las respuestas de índole religiosa de otros tipos de preguntas; significa ayudarles a pensar en términos religiosos y a ponerlos en sintonía con los juicios de valor y las actitudes que esa forma de pensar puede generar.

Si el primer gran objetivo de la Religión, como campo específico de conocimientos, es la iniciación de los alumnos en la **comprensión** de ese determinado conjunto de saberes, la función del profesor sería, entonces, la de proporcionar situaciones de aprendizaje, en las cuales los alumnos pudieran, ejercitando su propia inteligencia y participando de manera motivada, adquirir de modo sistemático esos saberes.

Con el empleo de las expresiones como **proporcionar situaciones de aprendizaje** y **favorecer la participación activa del alumno** en la construcción de nuevos significados, estamos hablando de lo que en la pedagogía constructivista se llama **aprendizaje significativo**.

La teoría constructivista del aprendizaje afirma, en su tesis central, que todos los seres humanos construyen significativamente la realidad mediante la participación activa en la adquisición de nuevos contenidos del conocimiento. El sujeto que aprende trata de integrar activamente estos nuevos conocimientos (siempre factores de inestabilidad y de mudanza) en un sistema regular estable y de sentido. Este supuesto, no existe ningún tipo de pensamiento, sentimiento o percepción, indepen-

“El objetivo educativo de la religión cristiana va mucho más allá de una comprensión intelectual de las verdades de la fe o de la simple cultura religiosa”

diente de un proceso dinámico de construcción de sentido: De ahí que **construir significado** sea una actividad primordial del sujeto que aprende y no del sujeto que enseña.

Si el objetivo educativo de la Religión es la iniciación de los alumnos en la comprensión de nuevos conocimientos en ese campo, habría que aclarar el significado del concepto **comprensión**. Los significados son varios, pero la dinámica es siempre similar. Es como una **intuición extática** de nuevas relaciones y sucede siempre que alguien se adentra en su mundo y logra llegar a la naturaleza interna de las cosas. Dicho de otro modo: cuando un alumno, por ejemplo, afirma: "Ahora he comprendido", lo que quiere decir es que la pregunta primordial -¿por qué? ¿para qué?- sobre una determinada cuestión ha quedado ampliamente satisfecha y respondida. Quiere decir que la inquietud latente en cualquier búsqueda sincera de una respuesta a una determinada pregunta, ha dado lugar a una paz interior, a una tranquilidad de espíritu y, como consecuencia, se ha logrado liberar una cierta tensión.

¿Qué pasa con la clase de Religión?

Durante los dos primeros años de vida, el niño comienza a construir sus primeros símbolos de una fe indiferenciada, a través de la presencia de los padres, del cariño y de la atención que le demuestran. La confianza básica que los padres transmiten al niño mediante la presencia, las caricias y los gestos, le infunden ánimo, esperanza y autonomía, factores muy importantes para el futuro desarrollo de su fe. La adquisición del lenguaje y del pensamiento traen consigo nuevos símbolos. Es la fase de la imitación que se prolonga, generalmente, hasta los siete años. El niño puede verse fuertemente influenciado por el ejemplo de los padres, por sus actitudes interiores, por las prácticas y las historias de una fe visible. Los procesos imaginativos subyacentes a la fantasía no encuentran todavía restricciones por parte del raciocinio lógico. Por eso, las imágenes y los sentimientos asociados a ellas son tan fuertes en esta fase, que permanecerán retenidos en la memoria, a la espera de un orden y una aclaración posteriores. Las categorías, imágenes y percepciones adquiridas con anterioridad y asimiladas como estables, se cruzan entre sí, durante la adolescencia, en una interacción cada vez más abstracta. Aparecen los sueños, los proyectos hipotéticos y el compromiso con una comunidad -el grupo, la escuela, los medios y la cultura- más amplia que la familia. Lo que era categoría estable (en el interior del sujeto) pasa a ser objeto (exterior al sujeto); en otras palabras, se cuestiona lo incuestionable en el cruce de categorías: ¿Por qué? ¿Para qué?

Esta capacidad del adolescente para "cruzar" categorías y comenzar a pensar de forma abstracta, es a lo



Alfonso Viviani

que Piaget llama **operaciones formales** del pensamiento. El pensamiento deja de reducirse a la manipulación de los objetos concretos, de las representaciones o procesos observables, para dedicarse a la elaboración de hipótesis. Las **operaciones formales** del pensamiento generan y hacen posible la comprensión tanto de los conceptos abstractos como de los valores y los ideales.

En el caso particular de la Religión, los alumnos serían ya capaces de adquirir una comprensión personal de las verdades aceptadas por su fe; y eso constituiría, al mismo tiempo, el objeto y el contenido de la disciplina.

Teniendo en cuenta todo lo que acabamos de describir, el objetivo de la asignatura de Religión sería, entonces, el de proporcionar una comprensión de los significados y de las verdades de la fe, respetando la autonomía del alumno en el proceso de **construir sentido o significado** y su propio estilo de aprendizaje.

¿Por qué no interesan las clases de Religión?

Quedarse únicamente en el nivel de las operaciones lógicas del pensamiento y de la capacidad de relacionar y cruzar categorías estables, se ha demostrado demasiado teórico, fatigoso y desligado incluso del proceso de crecimiento de los adolescentes.



Digital Cowan

Tal vez por eso mismo, la disciplina de Religión, como cuerpo específico de contenidos, llegue a despertar, en el actual contexto nacional, un interés cada vez menor por parte de los alumnos. En una sociedad relativista como en la que vivimos, en la que predomina el pensamiento crítico, no es fácil justificar verdades incuestionables, absolutas, al nivel de la fe y de la religión en general. Se ponen en cuestión verdades de fe, valores morales y la propia tradición cultural, pero resulta difícil proporcionar referentes religiosos y éticos, con un lenguaje y un vocabulario capaces de atraer y satisfacer las expectativas de la juventud.

De todos modos, hay un aspecto que me parece todavía poco explorado y que podría abrir perspectivas futuras. Cuando hablamos de los adolescentes, no podemos olvidar el mundo afectivo y sentimental, sus emociones y sus sueños. Autores como Antonio Damasio y Daniel Goleman, por citar sólo dos, han llamado la atención sobre el lugar que ocupan las emociones, la empatía y los sentimientos, tanto en la relación enseñanza-aprendizaje, como en el crecimiento personal de cada individuo. En ese aspecto, los anglosajones captaron mejor el sentido al referirse al ser humano (*human being*) empleando el gerundio. Al hacerlo, afirman y ponen de manifiesto el proceso intrínseco de cada persona al hacerse plenamente humana. En este proceso, la evolución de las imágenes, la evolución de la com-

preñión de los conceptos y de la construcción de sentidos, son motores fundamentales de crecimiento de la personalidad en orden a la madurez. Pero lo cierto es que estos elementos no agotan el tema.

De hecho, tanto en el plano personal como en el interpersonal, se producen cambios importantes durante la etapa de la adolescencia que merecen la debida atención por parte de los educadores. El adolescente va pasando de la autosuficiencia en la que únicamente considera sus propias necesidades y deseos, a un nivel más complejo en que considera igualmente las necesidades y carencias del medio en que está inserto.

Como consecuencia de esta transición, el adolescente se vuelve capaz de una relación interpersonal mutua y recíproca. La concienciación de que el ambiente en que se encuentra (exterior a él) tiene también necesidades que lo interpelan, lo conduce a un sistema de relaciones interpersonales que le ayudan a construir y a definir su propia identidad. La apertura a ámbitos de influencia más amplios que la familia, representados por el grupo de amigos, el grupo de trabajo y ocio, deporte etc. contribuye a una mayor autoconciencia y realización personal. El adolescente está en la cuenta de que el mundo no está confinado en las estrechas fronteras del suyo, de que hay otros mundos por descubrir, interesantes e interpellantes que lo llevan a abrirse y a establecer nuevas relaciones. Esta comunión de necesidades, las suyas y las de los otros, lo impulsan al compromiso con valores e ideales cada vez más complejos y al diseño de un horizonte de sentido para su vida.

¿Basta con transmitir conceptos?

El modo peculiar en que el adolescente construye significado, es decir, su capacidad de pensamiento abstracto, de entrecruzar categorías estables y la de abrirse a un mundo diferente al suyo, estableciendo nuevas relaciones interpersonales, me lleva a proponer un segundo gran objetivo (no menos importante que el primero) para la educación religiosa cristiana: ayudar al adolescente a tomar conciencia de su propia vida interior, afectiva, emocional.

Creo que esta dimensión no está suficientemente explorada en las programaciones curriculares de la Religión. Al truncar la dimensión más afectiva y sentimental que está presente en la capacidad que el adolescente tiene para establecer nuevas relaciones, la educación religiosa relega a segundo plano un componente fundamental de la vida del alumno.

Ayudar al alumno a concienciarse de sus sueños y deseos; ayudarle a identificar los sentimientos que brotan de su relación con los otros; ayudarle a respetar y a mimar sus emociones; a aceptar sus éxitos y sus fracasos... puede ser crucial para una percepción o descu-

brimiento de que el mundo interior de cada cual tiene una vitalidad propia, capaz igualmente de comunicar y de establecer relaciones con el Trascendente a quien llamamos Dios. Dentro de la vida interior, somos capaces de identificar una relación especial con el Dios que nos ama y nos acepta, con el Dios que nos perdona y nos convida, con el Dios que nos salva, que nos mueve y nos entusiasma, con el Dios que, en definitiva, está presente en nuestras vidas desde el comienzo.

Comprender la realidad de un Dios que se hace hombre en Jesucristo, de un Dios vivo, presente y activo en la Historia de la humanidad, presente y activo en la vida del ser humano, no es propiamente materia única y exclusiva del intelecto. Al contrario. En este tipo concreto de **comprensión**, no sólo tenemos un conocimiento (intelectual) de Dios, tal como se ha revelado en Jesucristo, sino que también conocemos a Dios afectivamente, es decir, vivencial, existencialmente. El objetivo deseado de una verdadera educación religiosa, debería contemplar, entonces, los dos aspectos en cuestión, combinándolos en una síntesis: **comprensión** (conocimiento intelectual acerca de Dios) y **experiencia** (conocimiento afectivo y existencial de Dios). Nunca lo uno sin lo otro.

Este doble objetivo requiere, como es obvio, otro tipo de preparación por parte del educador.

Es a él a quien le corresponde inevitablemente la función de promover y crear contextos a través de los

cuales el adolescente llegue a reconocer la primacía de un Dios que tiene algo que ver con nuestra vida personal. En lugar de proporcionarle solamente los contenidos programáticos, deberíamos ofrecerle también **contextos o experiencias** concretas en las cuales el alum-

no pudiese ejercitar su propia inteligencia y su capacidad de reflexión introspectiva.

Con esta estrategia, no sólo le ayudaríamos a un conocimiento más personalizado, profundo y duradero de los contenidos (conocimiento intelectual acerca de Dios y de la Religión), sino que dejaríamos la puerta abierta a una **experiencia** concreta y personal de Dios (conocimiento afectivo de Dios). Este último aspecto es lo que normalmente denominamos **vida espiritual**. Está claro que toda tentativa y todo esfuerzo por ser guía espiritual de alguien debe estar fundado en la propia experiencia espiritual del educador.

Durante la adolescencia y la juventud, tanto los compañeros como los adultos (padres, profesores, catequistas) pueden ser de una importancia crucial en el proceso de identificación, ya que la auto-imagen todavía se encuentra difusa y desorganizada. Y cuando Dios es asumido de manera consciente y libre, se convierte en un excelente auxiliar para ordenar y clarificar la identidad personal y los valores del comportamiento.

Es en la adolescencia y la juventud, más que en cualquier otra etapa de la vida, donde la cuestión de la **experiencia** asume una relevancia particular. Se hace necesario proporcionar al adolescente experiencias,

ámbitos o contextos de contacto y de relación con los otros y con la Naturaleza, mediante actividades como campamentos, retiros de oración, encuentros juveniles, servicios comunitarios o fines de semana para la reflexión; a fin de que la estima de sus capacidades y talentos y la concienciación de su vida interior se hagan efectivas. He aquí el gran punto de cambio de la vida espiritual, de relación personalizada con Dios, el descubrimiento existencial, afectivo, de un Dios actuante y presente en la vida de los otros, en la Naturaleza, en los acontecimientos y en la propia vida personal. Este es el desafío de toda la educación cristiana. ■

...deberíamos ofrecer al alumno contextos o experiencias concretas en las que pudiese ejercitar su inteligencia y su capacidad de reflexión introspectiva.



Orlando Pizarro